

LUIS G. INCLAN

RECUERDOS DE
EL CHAMBERIN

EL MUNDO

RECORDOS DE
MEXICO



Impreso en México.

RECUERDOS DE
EL CHAMBERIN

Breve relación de los hechos más públicos y
memorables de este noble Caballo,
escrita por:

Luis G. Inclán

quien tiene el honor de dedicarla
a sus numerosos amigos.

México: Año de 1860

Imprenta de Inclán.

RECUERDOS DE

EL CHAMBERLÍN

Historia de los reyes de España y de sus reinados.

Escrita por el Sr. D. Juan de Mariana.

Traducida por

L. A. G. de la Cruz.

Quinta edición. Madrid, 1850.

En el número de 1850.

México, Año de 1850.

En México.



Impreso en México.

Siempre el caballo ha logrado
un lugar muy distinguido,
y entre los brutos ha sido
el más noble que se ha hallado.
Los reyes no han desdeñado
hasta el establo bajar
y allí las crines trenzar
al corcel en que montaban
porque en él tal vez confiaban
gloria y honor alcanzar.

Varios hechos memorables
de agilidad y destreza,
de heroicidad y nobleza
de caballos apreciables,
se han hecho recomendables
en los campos y ciudades
en todos tiempos y edades;
y esto me anima, por fin,
a hablar de mi Chamberín
recordando sus bondades.

En Nalvarte y en el día
siete de julio de treinta
nació, según hago cuenta
de una yegua que tenía
Tío Miranda, que servía
de mayordomo actualmente,
y el padre fue justamente
de la Piedad, donde había
ligeros que Chavarría (1)
tuvo de raza excelente.

Dos meses tenía de edad
cuando una tarde lazando,
y toros bravos probando
estábamos en verdad;
quiso la fatalidad
que el que Miranda lazó,
por desgracia lo encuartó
cogiéndolo atravesado;
le partió sobre parado
y la yegua le mató.

Quedó solo el caballito
muerto de hambre y enroñado;
ya se moría de amuerzado
cayéndose de flaquito.

Así compré el potrillito
en cinco y medio que di
y aunque no me arrepentí
el mayordomo decía:

—Grande negocio a fe mía,
muy bien el cuero vendí.

Al momento con salvado,
leche, berros, nixtamal,
agua blanca y pan con sal
se puso más animado.

Entonces bien trasquilado
cargado me lo llevé,
en mi cuarto lo instalé
y allí conmigo dormía;
me extrañaba y me seguía
y yo mismo lo curé.

Al mirarlo entrapajado
enfermo y muy achacoso,
con todo el lomo roñoso
y de yerbamora untado,
se reían de mi cuidado
y hasta me compadecían;
mil apodos le ponían
y mi padre dijo un día
que un chamberín parecía (1a.)
y así todos le decían.

Como tanto lo cuidaba
a poco tiempo engordó,
muy bueno y sano quedó
y todo el día retozaba;
a las criadas acosaba
y mil maldades hacía;
a la cocina subía,
se robaba las verduras,
roía trapos y costuras
y por la sala corría.

Se entró al comedor un día,
la toalla y mantel mascó,
y entre ellas se decretó
pegarle cuando salía.
Se arman con algarabía
de palos, lazos y escobas;
se vienen sobre él las bobas
y él se defendió a patadas,
las siguió a las manotadas
mordiéndolas casi a todas.

Esta chistosa ocurrencia
hizo luego respetarlo,
mas se ponían a torearlo
los chicos a competencia
y por una inadvertencia
de un muchacho que alcanzó,
mi padre el toreo prohibió
porque el potrillo enojado,
lo puso muy aporreado
y hasta lo descalabró.

Catorce meses contaba
y no se podía aguantar,
la guerra que sin cesar
en toda la hacienda daba.
Un día que ausente me hallaba,
porque quebró una vidriera
mi padre ordenó que fuera
para el monte desterrado, (2)
entre las yeguas soltado
y a sus anchuras creciera.

Cuando en treinta y tres se trajo
ya vino a dar muy distinto,
de hermoso color retinto,
muy soberbio y muy relajo.
Nos costó mucho trabajo
el llegar a enjaquimarlo,
era fuerza manganearlo
para poderlo ensillar,
se viciaba en reparar
cuando llegaba a montarlo.

Una vez no tuve humor
de estarlo tanto aguantando,
conforme iba reparando
lo cuereaba con rigor
y le infundí tal temor
que por más que le buscaba
conmigo no reparaba;
mas si otro en él se subía
y tirarlo no podía
en el suelo se azotaba.

Desde entonces con intento
sin precaución lo ensillaba,
a mi gusto lo apretaba
sin tenerle miramiento;
en él me subía al momento,
ni siquiera se encogía,
volteaba luego, me olía
y andaba inmediatamente
un paso llano excelente
sin madrina ni otro guía.

Seis cuartas, siete pulgadas,
tenía de alto su estatura,
de una regular figura,
grande encuentro, dos espadas,
orejas desparramadas,
ancha nariz, cuenca hundida,
ojos vivos, crin crecida,
corta carona y cenceño,
buen casco patimuleño,
dosalbo y anca tendida.

Con el pescuezo estirado
era muy bobo al andar,
no le gustaba parar
y todo lo iba mirando;
mas si acaso sujetando
uno llevarlo quería,
la cara alzada ponía
e inquieto y fogoso estaba,
en el bozal se cargaba
porque mucho brío tenía.

Suelto estaba en el potrero
y fuimos cuatro a lazarlo;
fue preciso arrinconarlo
porque era muy carretero;
le tiró un lazo el vaquero (3)
pero no se lo acertó,
mas la gaza se enredó
en las crines de tal suerte,
que aguantó un tirón tan fuerte
que en el suelo se azotó.

Como no se sentía ahogado
libre se consideraba,
y de la crin se potreaba
furioso y desesperado,
un gran mechón fue arrancado
y el cuero descalentó;
se hizo llaga y luego echó
nuevo pelo más oscuro
y de esta parte seguro
muy resentido quedó.

Siempre presente tenía
esta gran casualidad,
porque con mucha bondad
de la crin obedecía;
ninguna falta le hacía
jáquima, bozal ni freno,
y así suelto era tan bueno
que jamás se desbocaba;
yo lo corría y arrendaba
en cualquier parte o terreno.

Desde falsa lo metía
continuamente a lazar,
brincar, correr y colear
a todas horas del día.
Era liviano y seguía
con muchísima afición
y en tanta continuación
adquirió tan buena escuela,
que sin cuarta y sin espuela
cumplía con su obligación.

Daba gusto manejarlo
en el lienzo o en el potrero
y como aún estaba entero
un día me puse a castrarlo;
muy pronto llegué a enfrenarlo,
dos riendas le emparejé,
en todo lo ejercité
y a diligencia bien poca,
sacó buen gobierno y boca
y mil cosas le enseñé.

A las reses manoteaba,
cuando las veía tiradas,
las mordía o a las patadas
al punto las levantaba;
si acaso estirando estaba
solo se podía quedar
sin moverse ni aflojar,
la reata tenía templada
y con la rienda atacada
no cesaba de jalar.

A mi voz obedecía
todo cuanto le mandaba,
las manos luego cruzaba,
se agachaba, se reía,
daba el pie si se quería
y hasta las puertas tocaba.
Con mucho compás marchaba
pies y manos levantando,
con el cuello encapotando
hasta la atención llamaba.

Si un extraño lo montaba
iba inquieto gorbeteando,
sobre las manos trotando
que ni el diablo lo aguantaba;
mas si a una mujer llevaba
todo lo contrario hacía,
de su tranco no salía
y el paso llano asentaba,
por nada se alborotaba
y hasta flojo parecía.

Fui a Púcuaro destinado
y en mi caballo marché,
grandes jornadas eché
por camino muy quebrado,
en aquel país escarpado
donde anduvo sin cesar,
jamás se llegó a despear
en siete años justamente,
que estuve en tierra caliente
trabajando sin parar.

Dispuso el amo dejarme
una grande temporada,
viviendo en tierra templada,
porque no fuera a enfermarme.
Como él mismo al destinarme
grande aprecio me mostró,
su administrador creyó
tener en mí un espía,
me amolaba noche y día
y de aburrirme trató.

Para el Jacal Colorado
de la hacienda bien distante,
de trojero y sobrestante
fui a dar semidesterrado.
Allí en la troje alojado
cuidé de toda la trilla;
a un lado mi cama y silla
y al otro mi Chamberín,
siete meses porque al fin
se concluyó la gavilla.

De día y de noche se estaba
conmigo constantemente;
lo cuidaba diligente
y mucho lo acariciaba,
por allí suelto se andaba
y si ensillar lo quería,
al ver el freno partía
brincando los matorrales
y si había otros animales
los dejaba y se venía.

Por fin no pude escapar
de los fríos que me dieron
y tanto me sacudieron
que no me podía parar;
mi caballo sin cesar
inquieto entraba y salía,
se arrimaba, me lamía,
no sé si también lloraba,
pero sí que triste estaba
por los extremos que hacía.

También de fríos enfermó
y como yo se cernía;
poco andaba, no comía
y muy erizo quedó;
muchas veces sucedió
que a un tiempo nos sacudieron
y que andando nos cogieron
por el campo o el camino
y como a mí, con quinino
a darle nunca volvieron.

Rara vez andaba armado
y extraño les parecía,
hasta que vieron un día
por qué era yo tan confiado.
Estaba en Tuxpan sentado
mirando el tianguis de allí
y un grupo luego advertí
que con gresca y chanzonetas,
me echaban mil indirectas
haciendo burla de mí.

Llegaron a fastidiarme
y me fui muy enojado
bien presto volví montado
y siguieron a insultarme;
desde luego al acercarme
otros léperos se unieron,
mucha más mofa me hicieron
y aunque yo llevaba reata,
sólo previne mi cuarta
y al verla todos se rieron.

Entonces sin más hablar
sobre el montón me arrojé,
a tres de ellos derribé
trillándolos al pasar;
otros dos llegué a alcanzar
y los demás se escondieron,
a los cinco que cayeron
bien caro el cuento costó,
mi caballo los pateó
y muy golpeados se fueron.

Del día del santo patrón
que es el apóstol Santiago,
algunos recuerdos hago
de tan clásica función.
Son tres días de diversión
que hace el pueblo y hacendados
y aunque con toros prestados,
juegan distintas corridas
son todas muy concurridas
y torear aficionados.

En el primer día metieron
ocho toros muy grandotes,
que de allí, de Los Mogotes,
algunos rancheros dieron;
al momento en que me vieron
se empeñaron a que entrara
en la plaza y que toreara,
y aunque yo iba de catrín
me monté en mi Chamberín
para que no se me instara.

Les causaba admiración
el verme estar en la plaza,
y conocí que mi traza
les llamaba la atención;
mas con segunda intención
me puse a estar sólo huyendo,
y mucho miedo fingiendo
hasta ver qué tal lo hacían
los que allí más presumían
y de mí se estaban riendo.

A un tal Ramírez don Diego
aplaudían con mucho ardor
y era el primer picador;
sin más regla ni sosiego
al encontrar corría luego,
a picahuye pasando
la garrocha al aire alzando,
haciendo tres mil piruetas
que tenían por galanetas
y lo estaban festejando.

En una de estas pasadas
el caballo sofrenó,
el toro se lo alcanzó
y le dio buenas cornadas.
Al ver tantas chamonadas
me resolví a divertir
y más cuando vi salir
un toro pinto manzano
muy partididor, muy liviano
y que a todos hizo huir.

Entonces entusiasmado
con mucho aplomo y sereno,
lo piqué a puente de freno
según me habían enseñado;
jugó limpio y no cargado
hasta que al fin se salió,
muchas varas recibió
y tan acosado estaba,
que ni a la capa le entraba
y pronto se embarreró.

En los toros que siguieron
tres de ellos banderillé,
a los otros dos colié
y muchas galas me dieron.
También jinetear me vieron
y en estas justas por fin,
fui el único paladín
que en aquel circo luchó
y el primer lugar logró
gracias a mi Chamberín.

Se estaba firme al picar,
para capotear se abría
bien, se cerraba y partía
cuando iba a banderillar;
pasaba fuerte al colear,
para lazar se tanteaba,
la música lo alegraba
y estaba listo y contento,
pues al menor movimiento
solito se disparaba.

El segundo día trajeron
de Cabémbaro el ganado,
muy brioso, grande y alzado
y lo mejor escogieron;
entre todos me eligieron
para ordenar la corrida,
formé cuadrilla enseguida
y esa tarde entré de payo
montado en mi buen caballo
de fama tan merecida.

El primer toro piqué
y en una de sus entradas,
las riendas vi reventadas
y al instante las tiré.
Muy grande sorpresa fue
el verme seguir toreando
sin ellas y manejando
a mi noble Chamberín,
solamente de la crin
dos mil aplausos ganando.

Por fin la tercera corrida
de Ocurio la remitieron,
hermosos toros trajeron
y estuvo más concurrida;
la gente muy comprimida
en los tablados trepó,
uno de ellos se cayó
cuando menos se esperaba
y el toro que cerca estaba
abrió claro y se escapó.

En un callejón, armado
furioso se defendía;
cinco o seis reatas tenía
que a varios había quitado,
a dos caballos matado
y a otra porción herido,
porque se habían atrevido
en callejón tan estrecho,
a acercársele derecho
y quebrar no habían podido.

Por último yo llegué
y en lance tan arriesgado,
en mi caballo confiado
reculando me acerqué;
al partirme lo lacé
sin que alcanzarme pudiera,
solito lo saqué fuera
y gritaban con empeño:
“¡Viva, viva el arribeño;
su caballo es de primera!”

Desde esa vez cuando había
las corridas o herraderos,
rodeos o bien capaderos
yo el primero concurría;
siempre el Chamberín lucía
siendo pues muy codiciado,
en todo Quencio alabado
por ligero y por liviano;
bueno en el cerro y el llano,
constante y bien educado.

En Cóporo, llamado El Fuerte,
fuimos a echar recogida
y ese día debí la vida
a mi caballo, de suerte
que sentí el frío de la muerte,
pues tras de un toro corriendo
a un precipicio iba yendo
y aunque mil voces me daban
entendía que me animaban
y afanoso iba siguiendo.

Ya el toro tenía lazado
cuando una maroma dio
y a mi vista se perdió
por allí desbarrancado;
solté la reata asustado
queriéndome detener
y helado me quedé al ver
que la tierra me faltaba
y que ya el caballo estaba
inmediato a descender.

No sé lo que en mí pasaba,
porque al juzgarme perdido
casi quedé sin sentido
y sólo a Dios invocaba;
frenético me abrazaba
del Chamberín fuertemente
y entonces violentamente
en los dos pies se apoyó
y muy veloz se volteó
volviendo rápidamente.

Todos los que me gritaron
me creían desbarrancado,
hecho pedazos, matado
y hasta mi alma encomendaron;
muy azorados llegaron
y al ver que me había librado
decía el caudillo asustado,
lloroso y enternecido:
“¡Ay, amito, hoy ha nacido;
su caballo lo ha salvado!”

Después a ver nos bajamos
al toro que se mató;
más de cien varas rodó
y cerca del río lo hallamos.
El riesgo consideramos
que tan grande había corrido,
pues un milagro había sido
el que Dios conmigo obró,
porque Él solo me libró
de haber allí perecido.

En otra vez caminaba
viniendo de Tlalpujahuá,
me cogió una manga de agua
cuando la sierra pasaba;
la tormenta me acosaba
y el agua caía a torrentes,
derrumbaba las pendientes
y en esto se anochecía,
yo el camino no sabía
ni hallaba a mis dependientes.

Perdido anduve encumbrando
cuatro horas sin encontrar
algún punto en qué parar,
ya cayendo y levantando
adentro me fui internando;
en un tronco me arrimé
y allí empapado aguardé
hasta que amaneciera,
seguí andando y ni siquiera
vereda o rastro encontré.

Lluvioso se siguió el día
y al ver tanto laberinto,
me confié sólo al instinto
que mi caballo tenía;
venteaba y reconocía
los puntos que atravesaba,
con tal acierto olfateaba
y anduvo con tan buen tino,
que a las doce halló el camino
que muy distante se hallaba.

A Tajimaroa llegamos
muertos de hambre, desvelados,
hasta los huesos helados
y allí por fin descansamos.
Cuando en salvo nos hallamos
calculé con fundamento,
que seis o más leguas dentro
de la sierra, anduve errante,
pues en quince horas constante
no paré un solo momento.

Si amansar me proponía
alguna bestia cerrera,
el Chamberín tan sólo era
el que de madrina hacía;
riendas largas le ponía
y a la cola le amarraba
el animal que montaba,
que aunque fuera reparando
con empeño lo iba guiando
y nunca me lo encuartaba.

Si se me ofrecía cazar
de mampuesto lo ponía,
y de sancho me servía
muy quieto hasta el disparar;
si montado iba a tirar
la escopeta le enseñaba,
y al momento se quedaba
cual si estacado estuviera,
no se meneaba siquiera
hasta que el tiro pasaba.

Con una vez que anduviera
vereda o camino real,
lo aprendía con gracia tal
que aunque el tiempo se corriera,
lo reconocía cuando era
preciso volverlo a andar;
lo mismo hacía si vadear
algún río se me ofrecía,
los pasos muy bien sabía
y era intrépido al nadar.

Todos de él se enamoraban
luego que lo conocían,
porción de ofertas me hacían
y mil cambios me sacaban.
Cuando menos lo esperaban
para México volvimos
y en siete años que estuvimos
en toda tierra caliente
y tierra fría, fue patente
la fama que conseguimos.

La mejor reputación
también aquí se adquirió,
pues siempre se distinguió
en cualquiera diversión;
mucho más cierta ocasión
en que una apuesta gané,
porque muy pública fue
su destreza y su maestría
y admirados ese día
a más de cuatro dejé.

En esta ciudad estaba
un español muy mentado,
comerciante y hacendado
y que en todo especulaba;
muy vanidoso montaba
un lindo caballo grullo;
que no había otro como el suyo
para el campo, sostenía;
lo escuchaban y no había
quien le quitara su orgullo.

Empeñado en encontrar
quien sirviera de contrario,
puso un anuncio en El Diario
retando para colear,
al que quisiera apostar
por todos estos terrenos,
quinientos pesos lo menos,
pues su caballo era diestro
y de Tierradentro el maestro
de muchos caballos buenos.

Diariamente circuló
ese singular aviso
y aunque grande furor hizo
ninguno se lo aceptó.
Hasta sus oídos llegó
la fama del Chamberín
y un día, estando en un festín
en el Gran Baño de Sol,
me provocó el español
y el falso le cogí al fin.

Como tanto ponderaba
de su grullo la maestría,
yo impávido sostenía
que a maestro el mío le ganaba;
por último, que le daba
los partidos que quisiera,
tan sólo porque admitiera
el que como el mío coleara
el grullo, me lo imitara
de la manera que fuera.

Mi propuesta consultó
con varios de los presentes,
puso casos diferentes
que él mismo relató.
La condición aceptó
de que el grullo igualaría
al Chamberín en maestría
y en esto, ya convenidos,
empezó a poner partidos
pues libre el campo tenía.

Primer partido, que yo
seiscientos pesos pusiera
y que ocho a seis le admitiera
luego luego me obligó.
Por segundo destajó
que el ganado elegiría,
el sitio, la hora y el día
en que fuera el coleadero
y pasamos al tercero
que meditado tenía.

Que yo me comprometía
a fuerza, en tres toros dar
cinco caídas al tentar,
pues si soltaba perdía;
que ninguno ayudaría
a correr ni a hacerme lado,
sino que al toro soltado
yo sólo debía alcanzar,
tentarlo y luego estirar
hasta dejarlo tirado.

Partido cuarto: él tendría
cinco toros que colear
y en ellos tres caídas dar
el charro que le servía,
que con ellas cumpliría
y que si otra caída daba,
desde luego me ganaba
sin tener apelación,
pues en caso de cuestión
mis derechos renunciaba.

También dejamos pactado
que pagaría el que perdiera,
un almuerzo que a Barrera (4)
le fue luego encomendado,
porque todo convidado
allí pudiera almorzar,
y éste debía de importar
setenta pesos completos,
sin contar los gastos sueltos
que se tenían que agregar.

Que por caída se contaba
que el toro al suelo cayera
y aunque media caída fuera
por redonda se pasaba,
que el público sentenciaba.
Se depositó el dinero
y el domingo venidero
en Balbuena colearía,
que allí el ganado daría
don Juan Francisco Rivero.

Nuestro vale autorizaron
luego todos los amigos,
y cincuenta y tres testigos
con nosotros lo firmaron;
los caballos se filiaron
cabiándonos mutuamente
las señas, que hacían patente
ser los mismos que casamos
y nuestro trato cerramos
sin dejar nada pendiente.

Llegó el domingo siguiente
que mi contrario fijó
y en Balbuena se juntó
un gran concurso de gente;
el almuerzo fue decente,
bien servido y ordenado;
dispuesto estaba el ganado
y allí acordamos los dos,
que el convenio en alta voz
fuera leído y publicado.

Al momento se trepó
sobre el corral Juan Moreno
y con una voz de trueno
nuestro contrato leyó;
a todos pues se advirtió
del cómo se colearía,
pues que sólo la maestría
de los caballos jugaba,
de los partidos que daba
y la condición que había.

Los caballos se mostraron
y al instante que los vieron,
al grullo tan grande hicieron
que hasta ocho a dos le apostaron;
al Chamberín lo apocaron
con mofa y desprecio tal,
que ocho contra medio real
burlándose me ofrecieron;
yo tomé cuanto pusieron
ya en la puerta del corral.

Las doce en México dieron
que era la hora designada;
la gente fue colocada
y una valla nos hicieron;
a echarme un toro se fueron
y yo entre tanto, por fin,
le quité a mi Chamberín
tapajo, bozal y freno,
y quedó quieto y sereno
obedeciendo a la crin.

Antes que el toro saliera
de la valla, lo estiré
y allí mismo lo rodé
mediante una bolera.
Mil aplausos por doquiera
muy entusiastas hicieron,
y mucho más cuando vieron
que al toro al campo seguí;
otras dos caídas le dí
y las tres muy buenas fueron.

Para el corral me volvía
con mi caballo paseando,
que tras de mí venía andando
y cual perro me seguía;
todo el mundo lo aplaudía
y admirados se quedaron;
el segundo toro echaron
y aunque era un poco rejego,
llevó su porrazo luego
y cuatro caídas contaron.

Como tanto se atrancó
lo pasé de chiflonazo
y llevó tal costalazo
que aturdido se quedó;
mi caballo lo paró
dándole de manotadas,
de mordidas y patadas
y en otra caída que dí,
con mi contrato cumplí
de dar las cinco ajustadas.

Al instante que llegué
segunda vez al corral,
si había cumplido formal
a todos les pregunté;
a un tiempo dijeron que
muy satisfechos quedaban,
que mis hechos aprobaban
cesando mi compromiso;
ninguno quedó indeciso,
aplaudían y celebraban.

Como en dos toros constante
cinco caídas había dado,
claro es que me había quedado
de los tres, uno sobrante;
les pregunté en ese instante
si de él podía disponer,
dijeron que sí y al ver
que echárselos fue mi intento,
todos en aquel momento
tras él fueron a correr.

Cuando esto se serenó
volvieron a colocarse,
mi contrario al presentarse
su caballo disparó;
desde luego se notó
que el grullo el freno tenía,
y con grande algarabía:
¡Abajo freno! —gritaban,
porque muy al tanto estaban
de la condición que había.

Mucho pues, se resistió
y con todos disputaba;
pero el público lo instaba
que fue el juez que se eligió;
todo el mundo comprendió
mi precisa condición
y en vista de esta razón
unánimes decretaban:
—¡Que vaya suelto!— gritaban
con entusiasmo y tesón.

Tanto pues, lo encocoraron
con su maestro consabido,
que estaba el hombre aturdido
y por fin me lo obligaron.
El freno al grullo quitaron;
cuando el toro se le echó
en un brinco lo alcanzó
el grullo oficiosamente,
pero se siguió de frente
y el toro se le sentó.

Entonces como un venado
el grullo siguió corriendo,
muchos lo fueron siguiendo
porque se iba desbocado;
el charro muy asustado
miles de luchas hacía,
para ver como podía
de algún modo sujetarlo
y tan sólo el avivarlo
era lo que conseguía.

Lazarlo luego trataron
porque se podían matar;
comenzáronlo a manguear
y en un rincón lo cercaron,
mas luego que se arrimaron
salvar la acequia trató,
el brinco no le alcanzó
y en vano fue tanto empeño,
el maestro tierradentreño
allí atascado quedó.

Por fin a lazo salieron
completamente enlodados
y como iban tan planchados
un grande contraste hicieron
y así que lavados fueron
se veía al hombre asustado,
al cuaco medio asoleado
y a su dueño renegando,
mil maldiciones echando
furioso y desesperado.

En disputas diferentes
el tiempo se nos pasaba
y el sol mucho molestaba
a todos los concurrentes;
tenían apuestas pendientes
y no se creían perdidos;
mas de esperar aburridos
de mil modos agitaron
y a mi contrario insultaron
con gritos y con chiflidos.

Por último a tanto instar
volvió a presentarse el grullo;
cesó al momento el barullo
y discurrieron formar
hileras y encarrillar
un gran lienzo del potrero;
esto no era valedero
pero todos lo habían hecho
y alegaban por derecho
el apostar su dinero.

Unos tras otros cubrieron
un lienzo perfectamente
y al grullo continuamente
allí andando lo pusieron;
agarrado lo tuvieron
mientras que el toro salió
y cuando suelto se vio
partió por distinto lado,
sin poder ser atajado
porque nadie se atrevió.

Para México arrancó
tomando el carril derecho
y dos trancas con el pecho
para salirse quebró;
tras él luego corrí yo
con intención de lazarlo,
pero no pude alcanzarlo
si no fue hasta la garita,
porque al dar la vueltecita
no supo el charro quebrarlo.

Luego que lo adelanté
le pude el claro tapar
y al quererme pasar
del pescuezo lo abroché;
con precaución lo potrié
y me lo llevé estirando
al rancho, donde esperando
estaba toda la gente
y era hermoso y sorprendente
verlos sin freno llegando.